

la luz. En la dilatada lucha del cristianismo con el islamismo, ora en Europa, ora en Africa, ora en Asia, esa misma unidad de pensamiento sacó triunfante la civilizacion cristiana, á pesar de las rivalidades de los principes, y de los desórdenes de los pueblos. Mientras existió esa unidad, la Europa conservaba una fuerza transformadora: todo cuanto ella tocaba, tarde ó temprano se hacia europeo.

»El corazon se afige al considerar el desastroso acontecimiento que vino á romper esa unidad preciosa, torciendo el camino de nuestra civilizacion, y amortiguando lastimosamente su fuerza fecundante; congoja da, por no decir despecho, el reflexionar que cabalmente la aparicion del protestantismo coincidió con los momentos criticos en que la Europa, recogiendo el fruto de largos siglos de incesante trabajo ó inauditos esfuerzos, se presentaba robusta, vigorosa, espléndida, y levantada como un gigante descubria nuevos mundos, tocando con una mano el oriente, con otra el occidente. Vasco de Gama, doblando el cabo de Buena Esperanza, habia mostrado el derrotero de las Indias orientales y abierto la comunicacion con pueblos desconocidos; Cristóbal Colon con la flota de Isabel surcaba los mares de occidente, descubria un mundo, y plantaba en tierras desconocidas el estandarte de Castilla. Hernan Cortés, á la cabeza de un puñado de bravos, penetraba en el corazon del nuevo continente, se apoderaba de su capital, y empleando armas nunca vistas por aquellos naturales, se les presentaba como un Dios lanzando rayos. En todos los puntos de la Europa se desplegaba una actividad inmensa; el espíritu emprendedor se desenvolvía en todos los corazones; habia

sonado la hora en que se abria á todos los pueblos europeos un nuevo horizonte de poder y de gloria, cuyos limites no alcanzaba la vista. Magallanes atravesando impávido el estrecho que habia de unir el occidente con el oriente, y Sebastian de Elcano volviendo á las orillas españolas despues de haber dado la vuelta al mundo, parecian simbolizar de una manera sublime que la civilizacion europea tomaba posesion del universo. El poder de la Media Luna se presentaba en una extremidad de Europa, pujante y amenazador, como una sombra siniestra que asoma en el ángulo de un hermoso cuadro; pero no temais, sus huestes han sido arrojadas de Granada, el ejército cristiano campa en las costas de Africa, el pendon de Castilla tremola sobre los muros de Oran; y en el corazon de España está creciendo en la oscuridad el prodigioso niño, que al dejar los juegos de la infancia desbaratará los últimos esfuerzos de los moros de España con los triunfos de las Alpujarras, y un momento despues abatirá para siempre el poderio musulman en las aguas de Lepanto (1). »

¿Hay objeccion posible que presentar al razonamiento de nuestro malogrado critico? Pues bien, el protestantismo puede contar entre sus glorias la de haber interrumpido el curso de la civilizacion en Europa. ¡Triste gloria por cierto! El protestantismo dió origen á todas las grandes revoluciones que desde el siglo xvi han conmovido la Europa, haciendo verter arroyos de sangre por todas partes. El protestantismo atacando cruelmente á la primera y más respetable autoridad del mundo, cual es la del vicario de Jesu-

(1) Balmes, obra citada, cap. xlv.

cristo, ha enseñado á los pueblos á menospreciar todo principio de autoridad, base destructora de la que se originan cuantos trastornos siembran en los pueblos y en las naciones la confusion y el desórden. Más fácil seria reducir á guarismos las estrellas del cielo, que las víctimas causadas por esa espantosa revolucion luterana llamada Reforma. Por do quier que dirijamos nuestra vista encontramos vestigios que no pueden ménos de horrorizarnos y llenarnos de espanto. La sombra del fraile apóstata, del enemigo tenaz de la Santa Sede, nos sale al encuentro por todas partes.

#### IV.

Si no fuera por evitar el adelantar sucesos que pertenecen exclusivamente á la historia del siglo xix, explicariamos aquí el por qué hemos dicho que por doquier se nos presenta la sombra del tristemente célebre novador del siglo xvi. Abranse las páginas de la historia de cualquiera de las revoluciones del presente siglo, y lo primero que saltará á la vista es que han tenido tanto de religiosas como de sociales. ¿Por dónde dió principio la de Francia de fines del pasado siglo? Por combatir del modo más inhumano á la Iglesia: el odio contra las personas y las cosas eclesiásticas se manifestó sin la menor reserva en los revolucionarios que en su delirio llegaron hasta á suprimir á Dios y colocaron sobre los altares ¡qué horror! á una miserable prostituta. La sangre de los ministros de Dios corrió en horribles hecatombes, las vírgenes consagradas al Señor huían de sus santas

moradas buscando un asilo á su inocencia, y los templos consagrados á la Divinidad caian por tierra bajo los golpes de la piqueta demoledora.

¿Y qué sucedió en la otra revolucion socialista que siguió á la caída de Napoleon III? Bástanos citar los fusilamientos en masa de los rehenes, que hicieron correr la sangre del virtuoso arzobispo de Paris y de gran número de sacerdotes.

Pero ¿qué necesidad tenemos de buscar hechos lejos de nosotros? Nuestros revolucionarios del año 68 empezaron su gloriosa obra por una persecucion descarada y terrible contra el catolicismo. Tal fué el odio que desplegaron, tales las disposiciones que tomaron, tales los decretos que expidieron los que se habian apoderado de los poderes públicos, que cualquiera diria que aquellos hombres no habian nacido en el seno del catolicismo, pues que parecia que la España habia experimentado una invasion de bárbaros. Los mismos que rompiendo nuestra unidad católica abrian las puertas á todas las religiones y sectas; los mismos que llamaban á los anglicanos facultándoles para que estableciesen entre nosotros sus llamadas capillas evangélicas, á los musulmanes para que edificasen mezquitas y á los judios para que erigiesen sinagogas, y aun si lo tenian por conveniente á los bramanes para que levantasen pagodas, empezaron á practicar esta libertad de cultos arruinando los templos católicos, y excitando las iras del pueblo contra el sacerdocio, lo que dió lugar á crueles y sacrílegos asesinatos. Pues bien; en todos estos hechos vemos la sombra de Lutero que pervirtió el espíritu humano, y que dió el primer paso para que los pueblos se acostumbrasen á despreciar todo princi-

pio de autoridad, á no tener más reglas de conducta que los caprichos del corazón y las veleidades de la fantasía, pues á esto lleva el verbo nuevo establecido por Lutero de la libre interpretación de los Sagrados Libros. No hacemos más que apuntes, cada uno de los cuales daría materia para un volumen.

V.

Ya dejamos explicado en su respectivo lugar el por qué se dió á los discípulos de Lutero el nombre de protestantes y despues á la secta se llamó Protestantismo. Recordará el lector que fué porque en el año 1529 protestaron contra un decreto del emperador y de la dieta de Espira, y apelaron á un concilio general. Para comprender los progresos que doce años despues de su nacimiento habia hecho el luteranismo, baste decir que cuando los discípulos del novador hicieron la dicha protesta, tenían á su cabeza seis principes del imperio, que fueron: Juan, elector de Sajonia; Jorge, elector de Brandeburgo, por la Franconia; Ernesto y Francisco, duques de Luxemburgo; Felipe, langrave de Hesse, y el principe de Anhalt, y que fueron sostenidos por trece ciudades imperiales. Es necesario, sin embargo, convenir en que aquello fué más bien efecto de la política que de la religión, pues sabido es que esta liga protestante se formó más bien contra el emperador que contra la Iglesia. También en Francia se llamaron *protestantes* los discípulos de Calvino, introduciéndose la costumbre de incluir bajo este

nombre á todos los pretendidos reformados, fuera cualquiera la secta á que perteneciesen, y con el mismo se sigue hoy día calificando á los anglicanos, luteranos, calvinistas, etc.

Hemos hablado de Lutero, de su conducta, de su falta de misión, y no terminaremos el asunto sin dar algunas nuevas pinceladas en el triste cuadro que nos presenta la desdichada Reforma. ¿Qué pretendían así Lutero como los demás predicantes que trastornaron la Europa en el siglo xvi? Que la Iglesia católica habia degenerado, que no profesaba el cristianismo en toda su pureza, que su doctrina era errónea, supersticioso su culto y que se hacia necesaria una reforma. «Esta pretension, dice un escritor, sin más examen, era ya una injuria á Jesucristo. Ese divino Salvador prometió que estaria con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos; que le daría el Espíritu de verdad, porque él permanece siempre con ella, etc. ¿Cómo puede faltar á su promesa? Sin embargo, estos nuevos doctores tuvieron partidarios, formaron sociedades aparte, y establecieron un nuevo plan de religión, y el cisma que introdujeron aun se conserva despues de tres siglos. ¿Qué debemos pensar de su pretendida Reforma? Si les hemos de dar crédito, fué una de las más asombrosas que pudieran suceder en el mundo. Nosotros pensamos de muy diferente modo: sostenemos que su pretendida Reforma fué ilegítima en sus principios, criminal en sus medios, y funesta en sus efectos: de consiguiente fué obra de las pasiones humanas y no de la gracia de Dios (1).»

Este escritor prueba de un modo concluyente su proposición. Extractaremos sus sólidos argumentos.

(1) Bergier: Diccionario de Teología, art. *Reforma*.

I. ¿Qué clase de personajes, pregunta, eran los pretendidos reformadores? Unos hombres sin mision y con todos los caracteres de falsos profetas. Se les echó en cara á estos predicantes que no tenian mision ordinaria ni extraordinaria, pero ellos contestaron que no la necesitaban, que en casos semejantes todo particular tenia derecho para levantar la voz, predicar y corregir á la Iglesia, y forjar una nueva religion, so color de instalar la religion antigua. Esta pretension es absolutamente contraria á la conducta constante de la divina Providencia.

El autor lo prueba de este modo: Cuando la religion revelada por Dios á los patriarcas fué olvidada y desconocida en todas las naciones, quiso restablecerla entre los hebreos y cimentarla con leyes positivas. Dió esta mision á Moisés y le comunicó tambien el don de los milagros para probarla: sin esto los hebreos no hubieran podido darle crédito sin cometer una imprudencia; *Exod.*, iv, 1. Sin embargo, Moisés no se encargó de revelar á los hebreos dogmas nuevos, sino sólo de imponerles nuevas leyes: no dejó Dios de conservarles hasta la muerte el don de milagros y el de profecía.

Del mismo modo, cuando el judaismo se vió muy alterado con falsas tradiciones, y poco conforme con el nuevo estado de sociedad civil, envió Dios á Jesucristo para establecer una nueva religion, y el Salvador comunicó su mision á los apóstoles, diciéndoles: «Como mi Padre me envió á mí, así os envío yo á vosotros;» *Evang. de san Juan*, xx, 21. Les comunicó tambien los mismos signos naturales, el don de hacer milagros, las virtudes y las luces del Espiritu

Santo, para enseñarles todo género de verdades. Reconoce la necesidad de estos signos, diciendo de los judios incrédulos: «Si yo no hubiera hecho á presencia de ellos las obras que nadie hizo, serian excusables;» *San Juan*, xv, 24. «Mis obras son las que dan testimonio de mí;» *v.* 36. En la *I Epist. á los Corint.*, ii, 4, dice san Pablo. «Mis discursos y mi predicacion no fueron probados por los discursos de la sabiduria humana, sino por las demostraciones del espíritu y del poder de Dios, para que vuestra fé se apoye, no en la sabiduria de los hombres, sino en la omnipotencia divina.» De otros doctores dice: «¿Cómo predicarán si no tienen mision?» *A los Romanos*, x, 15.

Si pues Dios suscitó realmente á Lutero, Calvino y sus partidarios para reformar la religion católica, deberia darles las mismas pruebas de mision sobrenatural que á Moisés, á Jesucristo y á los apóstoles. Sostenemos que estos signos les eran absolutamente necesarios, y que sin ellos la fé de sus discipulos se fundaba únicamente en discursos de la sabiduria humana, y no en la omnipotencia divina.

Ni pueden estar mejor traídos los textos que nos acaba de citar Bergier, ni pueden presentarse pruebas más sólidas. Razon pues teniamos al decir más arriba que la mision de los novadores no era del cielo sino del infierno. Los signos citados por el sabio escritor está demostrado que eran de necesidad absoluta. ¿Existieron en ellos? De ningun modo: luego no puede reconocérseles mision de ninguna clase, como no sea la triste mision del orgullo humano. Sigamos escuchando la demostracion que hace de la verdad establecida, que es como sigue:

1.º Se trataba de cambiar la religion que se profesaba en toda la Iglesia católica, corrigiendo su creencia, su culto exterior y su disciplina. Hay por lo ménos tanta diferencia entre la religion católica y la pretendida religion reformada, como entre el cristianismo y el judaismo, y mucho más entre el judaismo y la religion de los patriarcas: no era ménos indispensable una mision extraordinaria en los pretendidos reformadores que en Moisés, en Jesucristo y en los apóstoles. En vano se dirá que Lutero y sus secuaces tenian credenciales en la Sagrada Escritura; tambien los apóstoles argüian con ella contra los judios, *Hechos Apóstólicos*, xvii, 2; xviii, 28. Moisés recordaba tambien á los hebreos las lecciones de sus padres, y sin embargo unos y otros necesitaban de una mision divina.

2.º En tiempo de Lutero y de Calvino habia en la Iglesia un ministerio público establecido para enseñar, un cuerpo de pastores revestidos de una mision ordinaria, que por sucesion venia de los apóstoles y de Jesucristo. Los novadores sostuvieron que este cuerpo habia perdido toda su mision y autoridad por sus errores y por sus vicios, y que ellos tenian derecho á colocarse en su lugar. Pero ¿este cuerpo enseñaba errores más groseros, y tenia vicios más odiosos que los fariseos, escribas, saduceos y doctores de la ley? Sin embargo Jesucristo remite el pueblo á sus lecciones, *San Mateo*, xxiii, 2, porque la mision de sus apóstoles aun no estaba suficientemente establecida. Pero ¿con qué títulos tomó Lutero el título de *eclesiaste* de Wittemberg, y Calvino el de *pastor de Ginebra*, despues de haber lanzado á los pastores católicos? Segun san Pablo, Dios fué quien

constituyó pastores y doctores de la misma manera que apóstoles y evangelistas, *Epíst. á los Efes.*, iv, 11. En cuanto á los predicantes, se constituyeron á si mismos, y el único título de su mision fué la credulidad de sus discípulos.

3.º Entre ellos y los teólogos católicos se trataba de cuestiones muy oscuras, en las cuales el pueblo nada entendia, como del principio de la justificacion, del mérito de las buenas obras, del número y efecto de los sacramentos, de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, de la predestinacion, de la gracia, etc. Cada partido alegaba en su favor la Sagrada Escritura. ¿Quién era el que debia decidir cuál de los dos entendia mejor su sentido? Entre los doctores judios y los apóstoles se trataba tambien de decidir cuál era el sentido verdadero de las profecias y de muchos preceptos de la ley de Moisés; y los apóstoles terminaron la disputa con sus milagros, y convencieron al pueblo. Es sensible que los reformadores no hicieran otro tanto.

4.º Cuando los sacramentarios y anabaptistas convinieron en predicar una doctrina contraria á la fé de Lutero, les pidió con aspereza pruebas sobrenaturales de su mision, como si la suya hubiese sido auténticamente probada. Cuando Servet, Gentilis, Blandrata y otros quisieron dogmatizar en Ginebra contra el sentir de Calvino, hizo éste que fuesen desterrados ó castigados por la autoridad secular. No obraron asi los apóstoles: cuando hallaron contradiccion en Simon Mago, Cerinto, Ebion, Elymas, etc., sólo emplearon contra ellas los dones del Espíritu Santo, y el ascendiente de sus virtudes. Los reformadores se atribuian el de-

recho de predicar contra todo el universo, y á nadie permitian que predicase contra ellos.

5.º A medida que crecían los progresos de la Reforma, la confusión se aumentaba; en pocos años se vieron los luteranos, anabaptistas, calvinistas, anglicanos y socinianos, formar cinco sectas principales sin contar las demás, y nada tenían de comun sino el odio contra la Iglesia romana. Esta permaneció en posesion de su creencia á pesar del furor de sus contrarios. Quisiéramos saber qué motivo pudo determinar á las poblaciones ignorantes á dar la preferencia á uno de estos partidos más bien que al otro. Claro está que sólo la casualidad, los intereses políticos y las pasiones fué lo que decidió en este asunto.

6.º Por consiguiente, el suceso casi igual de estos doctores no prueba absolutamente nada, porque muchas mayores conquistas hizo Mahoma. Jesucristo y los apóstoles anunciaron que en todos tiempos hallarian partidarios los impostores; y luego probaremos que todos usaron de los mismos medios de seducción: por consiguiente no tuvieron unos ni otros mision divina.

En cuanto á las cualidades personales de los pretendidos reformadores, no nos atreveriamos á describir su cuadro, porque se nos acusaria de prevencion y de infidelidad; pero permitasenos insertar el que hicieron los mismos protestantes, y últimamente el célebre Mosheim y su traductor. *Historia ecles., sig. xvi, sec. 3.ª, part. 2.ª, cap. 1 y 2.*

Confiesa Mosheim que para la grande obra de la Reforma estos hombres célebres no fueron inspirados, sino conducidos por su sagacidad natural; que sus progresos fueron

lentos en teología, y sus miras muy imperfectas; que se instruyeron con sus disputas, bien sobre sí mismos ó bien con los católicos. La prueba de que eran malos teólogos, es que en el día no se sigue la mayor parte de sus opiniones. Confiesa que entre los comentadores muchos fueron atacados de la antigua enfermedad de una imaginacion irregular y de un juicio limitado; que sus ideas en la moral no eran tan exactas ni tan extensas como debieran ser, y que los controversistas manifestaron demasiada acrimonia y animosidad en sus acciones y en sus escritos. Sin embargo, los protestantes tienen valor para sostener que unos hombres como estos fueron suscitados por Dios para renovar la faz de la Iglesia, para restablecer el cristianismo en su pureza primitiva, y para dar lecciones á todos los doctores de la Iglesia católica.

Aun es más original el cuadro de sus virtudes. Todo el mundo sabe que los más fueron frailes apóstatas que abandonaron el claustro por incontinencia y por aversion á toda regla. Si los conventos de entonces eran una sentina de todos los vicios, como pretenden los protestantes, era preciso que la apostasia tuviese una virtud milagrosa para convertir de repente en apóstoles á unos hombres relajados y corrompidos. Vamos á ver si es cierto ó no que sucedió así.

En el concepto de nuestro historiador, Lutero era un disputador fogoso, que trató á sus adversarios con una dureza brutal, sin merecimiento á la dignidad y rango de aquellos con quienes disputaba. Muncero, Storkio, Stubner, jefes de los anabaptistas, eran unos fanáticos sediciosos. Carlostadio,

autor de la secta de los sacramentarios, era un genio imprudente, impetuoso, violento y propenso al fanatismo. Schwenckfeld tenia el mismo carácter, no tenia prudencia ni juicio. Juan Agricola fué un hombre lleno de orgullo, de presuncion y de mala fé. A Melancthon le faltaba valor y firmeza y siempre temia desagradar: era demasiado indiferente respecto á los dogmas y ritos, y rara vez estuvo de acuerdo con Lutero. Strigelio, discípulo de Melancthon, fué tan poco firme en sus opiniones, que no se sabe si se le debe colocar entre los sectarios de Lutero, ó entre los de Calvino.

Mateo Flacio, adversario de Strigelio, era un doctor turbulento, fogoso, temerario y porfiado. Osiandro, teólogo visionario, orgulloso, insolente, siempre en contradiccion consigo mismo, se distinguió por su arrogancia, por su singularidad y por su amor á las nuevas opiniones. Stancaro, su adversario, disputador turbulento é impetuoso, incurrió en el extremo opuesto: excitó muchas turbulencias en Polonia, á donde se refugió; § 31 y 36.

Calvino fué de un carácter altanero, furioso, violento, incapaz de sufrir ninguna contradiccion, y ambicioso de dominar sin rivales. Beza, su discípulo, y él, vomitaron todas las injurias posibles contra Castalion, y le hicieron pasar por un malvado, porque no pensaba como ellos sobre la predestinacion. Lo mismo hizo Beza contra Bernardino Ochín, *c.* 2, § 40 y 42; Bayle, *Diccion. critic.*, *art.* CASTALION, G.

¿Son estos, repetimos, los hombres que Dios destinó para reformar la Iglesia? Aun cuando Mosheim y su traductor hubieran conspirado para cubrir de oprobio la pretendida

Reforma en su cuna, no hubieran tenido mejor acierto. Conviene en que entre los partidos diferentes se trataron las controversias de un modo contrario á la justicia, á la caridad y á la moderacion. Pero disculpan á los combatientes, porque acaban de salir de las tinieblas de la supersticion y de la tiranía papal: § 45. Esta disculpa es muy falsa: hacia casi un siglo que Lutero habia principiado su predicacion, cuando sus sectarios se entregaron á los mayores excesos de odio y de furor contra sus adversarios. Con esto se ha demostrado que no tenia gran virtud el nuevo Evangelio, puesto que en el espacio de ochenta años no habia podido curar la furia de sus sectarios.

Los mismos criticos nos darán á conocer muchos de los medios de que usaron para establecerse, y esta segunda consideracion no contribuirá á darnos de él una idea favorable.

II. ¿De qué medios se valieron para la pretendida Reforma ó el protestantismo? Nosotros los reducimos á tres, á saber: la contradiccion entre los principios y la conducta; las calumnias contra la doctrina católica y contra el clero; las sediciones y la violencia.

Los reformadores sentaron primeramente por máxima fundamental que la Sagrada Escritura es la única regla de creencia y de moral, y que en todas las cosas necesarias para salvarse son tan claros é inteligibles sus libros, que todo hombre que tiene sentido comun y posee la lengua en que están escritos, puede entenderlos sin auxilio de ningun intérprete; Mosheim, *ibid.*, *c.* 1.º, § 22. En esto hay falsedad y superchería. Nuestro autor dice que los primeros reformadores hicieron progresos en la teología, que se instru-

yeron, no por la claridad de la Sagrada Escritura, sino por sus disputas con los católicos ó con otros sectarios. Si el texto de la Sagrada Escritura fuera tan claro que todo hombre de buen juicio pudiera entenderlo, ¿para qué tantas disputas con el fin de averiguar lo que se debe creer ó rechazar?

La verdad es que los primeros reformadores no empezaron por estudiar ni consultar la Sagrada Escritura sin prevención ni preocupaciones, con el fin de ver lo que en ella realmente se enseñaba; comenzaron por contradecir á diestra y siniestra la doctrina católica, y buscaron despus en la Sagrada Escritura testimonios que pudiesen acomodar de grado ó por fuerza con los nuevos dogmas que habian inventado. Despus de doscientos años sus discípulos continuaban el mismo trabajo, y no es extraño que todos hubiesen tenido el mismo en apoyar bien ó mal la creencia particular de su secta en la Sagrada Escritura.

Dice Mosheim que las confesiones de fé como la de Augsburgo dan el sentido y la explicacion de la Sagrada Escritura. Pues si cualquiera hombre que tiene sentido comun puede entender los libros sagrados, sin el auxilio de ningun intérprete, ¿de qué sirve una confesion de fé para darle el sentido y explicacion, ni para interpretarla? Es verdad que dice que estos libros son claros *respecto á las cosas que son necesarias á la salvacion*. Pero, una de dos: ó las cuestiones que tienen los reformadores entre si y con los católicos eran necesarias para la salvacion, ó no: si lo eran, es falso que la Sagrada Escritura está clara en todos estos puntos, porque fué preciso explicarlos y darles el sentido por

medio de las confesiones de fé, y despus de doscientos años los vemos sujetos á disputas; si no lo estaban, era una obstinacion y un frenesi por parte de los reformadores atacar á la Iglesia católica, separarse de ella, y aun atizar el fuego de la discordia entre las diferentes sectas respecto á unas cuestiones que no eran necesarias para la salvacion.

Añade que los libros sagrados son inteligibles para todos *los que poseen la lengua* en que están escritos. ¿Habla del texto ó de las versiones? Aquel está escrito en hebreo ó en griego, y ¿será preciso que todo cristiano posea estos dos idiomas? Si habla de las versiones, ¿quién será capaz de asegurar que la que se le pone en la mano contiene el verdadero sentido del texto? Los hermanos Wallembourg prueban que ni siquiera uno ha salido de mano de los protestantes en que no se hallen por lo ménos treinta falsificaciones. *De Controv. tract.*, t. 1, p. 713.

Ultimamente asegura Mosheim que las confesiones de fe, como la de Augsburgo, no tienen más autoridad que la que sacan de la Sagrada Escritura, y esto es una falsedad que él mismo refuta. En el § 5.º confiesa que los ministros luteranos están obligados á conformarse con el catecismo de Lutero; que en el año 1568 se compuso un formulario de doctrina *para que tuviese fuerza de ley eclesiástica*, § 27; que en el año de 1570 se castigó con prision, destierros y penas afflictivas á los que propendian al calvinismo, § 38; que en 1576 se compuso un formulario de union contra los calvinistas; que se excomulgó á los que se resistiesen á suscribirle, y se usó contra ellos del terror de la cuchilla, § 39, etc. Aqui tenemos, pues, catecismos, confesiones de



fé y formularios de union, que no sólo tuvieron fuerza de ley eclesiástica, sino tambien de ley civil; y ¿es de la Sagrada Escritura de donde reciben autoridad estos documentos?

De este modo se estableció la Reforma, seduciendo á los ignorantes. Se empezó protestando que no se queria otra regla de creencias que la Sagrada Escritura, la pura palabra de Dios; prometían al pueblo, poniéndole una Biblia en la mano, que él mismo seria juez y árbitro del sentido de la Sagrada Escritura, y que sobre este punto quedaba libre de cualquier otra autoridad humana. Pero prescindiendo de las infidelidades de la version de que queria que se sirviese, se trataba de entenderla de un sentido diferente del de los catolicismos y confesiones de fé, se le intimaba con el castigo de la potestad secular. De este modo, tratando de libertarse de la autoridad de la Iglesia, se hallaba reducido á sufrir un yugo mucho más insoportable.

El mismo prestigio se nota entre los calvinistas y anglicanos, segun las observaciones de Bayle, Loke, D. Hume, Baxter, Mandeville, Rosseau y otros. En 1593 publicó la reina Isabel el famoso acto de *uniformidad*, y quiso que se empleara toda la severidad de las leyes contra los no-conformistas. El tribunal de la *alta comision* que estableció merece el nombre de una verdadera inquisicion. *Ibid.*, c. 2, § 18 y 19. «Los católicos, dice Ricardo Stelle, deben advertir hoy dia que no habia necesidad de decidir contra nosotros que la Sagrada Escritura no es la única regla de fé, y que es indispensable añadir la autoridad de la Iglesia; es evidente que se puede llegar al mismo término con más

conveniencia. Porque al mismo tiempo que sostenemos con calor contra ellos que los pueblos tienen derecho á leer, examinar é interpretar la Sagrada Escritura, tenemos el mayor cuidado en inculcarles en nuestras instrucciones particulares que no deben abusar de este derecho, ni preciarse de más sabiduría que sus superiores; que se deben dedicar al estudio de los textos particulares, dándoles el sentido de la Iglesia, y segun lo explican sus guías que tienen la *autoridad interpretativa*.» Este mismo autor hace ver en seguida que las decisiones del clero entre los anglicanos, entre los calvinistas, los concilios nacionales, singularmente el de Dordrecht, tienen la misma autoridad que el concilio de Trento entre los católicos, y que los formularios de union ó las confesiones de fé entre los luteranos.

Basta un solo ejemplo para demostrar que son absolutamente los mismos los motivos y la regla de creencia en todas estas sociedades, que es el espíritu particular de cada secta, una especie de tradicion que se forma en la misma, y no el texto de la Sagrada Escritura.

Desde el principio de la Reforma se trató de averiguar cómo se deben entender estas palabras de Jesucristo con respecto á la Eucaristía: *Este es mi cuerpo*. La Iglesia católica creyó siempre y cree que Jesucristo está realmente presente en la Eucaristía por transustanciacion; Lutero y sus partidarios sostuvieron que estaba presente por empañacion, y otros por ubiquidad; Carlostadio, Zuinglio y Calvino sostuvieron que no estaba presente en realidad, sino en figura y en eficacia. En el dia, los luteranos y anglicanos sostienen que está en el sacramento por la fé, aunque

sólo en la acción de recibirle, ó en la comunión. Preguntamos cómo y por qué estas palabras; *Este es mi cuerpo*, son más bien la regla y el motivo de la fé en una de estas sociedades que en la otra, y cómo puede una misma regla dictar tan diferentes creencias.

Sin duda responderá un protestante que estas palabras son la única regla motivo de su fé, porque les da tal sentido, no porque Lutero y Calvino se lo hayan dado, sino porque es evidente que tuvieron razón para entenderlas así; pero un católico las da la inteligencia que debe, porque la Iglesia lo quiere así, y las explica del mismo modo.

Y ¿qué ley prohíbe á un católico juzgar que la Iglesia tuvo razón para explicar de este modo las palabras del Salvador? Si es la evidencia quien decide á un protestante, ¿por qué un luterano entiende siempre estas palabras como Lutero y un calvinista como Calvino? Tratan de burlarse de nosotros si quieren persuadirnos que un luterano que no sabe leer forma juicio evidente de que el verdadero sentido de estas palabras es el de Lutero y no el de Calvino, ni el de los católicos. Es innegable que el único motivo de su juicio es el hábito que contrajo desde la infancia de entender las palabras de la Sagrada Escritura como las entiende la sociedad en que nació; que así la verdadera regla es la tradición, y no la letra del texto. Finalmente, es un absurdo decir que el texto de un libro es mi regla, siendo así que á mí solo me pertenece juzgar por mis propias luces del sentido que se le debe dar cuando puede tener muchos.

No se puede destruir con más copia de razones el primer

medio de que se valieron los pretendidos reformadores para seducir á los pueblos y aumentar el número de sus prosélitos. Tan ridículo nos parece ese primer medio que casi ni merece los honores de la refutación. Ya creemos haber dicho algo sobre él al empezar á tratar del protestantismo. Eso de que un hombre ignorante, sin estudios de ninguna clase, pueda interpretar los libros que enseñan la ciencia de Dios, esos libros de oro que abrieron siempre con el mayor respeto los hombres más eminentes en sabiduría, las grandes lumbreras de la Iglesia, es cosa en verdad que traspasa los límites de lo ridículo. ¿Podía creerlo el mismo Lutero que así lo enseñaba? ¿Podían juzgarlo así en su corazón ninguno de los doctores que se convirtieron en adalides de la Reforma? No lo creemos, porque de otro modo habríamos de juzgarles á ellos como insensatos. Proclamaron, pues, este principio porque así lo creyeron oportuno para sus fines: engañaron al pueblo para hacérselo suyo, y pretendían burlarse de nosotros al hacernos igual afirmación. Por fortuna los católicos sabemos á qué atenernos en este punto: sabemos que sólo á la Iglesia, á la que confió el Señor el depósito de la revelación divina, compete el interpretar y explicar el texto de la Sagrada Escritura. Todo lo que se diga en contrario es falso y capcioso. Desvergüenza fué en Lutero el establecer ese verbo nuevo, y orgullo y mala fé en los doctores que le siguieron el admitirlo.

Empero sigamos presentando la doctrina del sábio autor del *Diccionario teológico*.—El segundo medio de que se valieron los pretendidos reformadores para seducir á los pueblos, fué disfrazar la doctrina católica. Podemos poner, por

ejemplo, la cuestion que acabamos de tocar, el modo con que consideran la regla de la fé. La Iglesia católica enseñó en todos los tiempos que la regla de fé es la palabra de Dios escrita ó no escrita; que así la Sagrada Escritura no es *la única regla de fé*, sino la Sagrada Escritura explicada y entendida por la tradicion y la creencia de la Iglesia; que aun cuando algun dogma no estuviere expresa y evidentemente enseñado en la Sagrada Escritura, estaríamos en la obligacion de prestarle nuestra fé, con tal que lo enseñe la tradicion constante y uniforme de la Iglesia.

Por esta sencilla exposicion se conoce claramente que la Sagrada Escritura es siempre la regla principal de nuestra fé, y que la tradicion no es más que un suplemento. ¿Pero qué hicieron los protestantes? Dijeron, y aun lo repiten, que nosotros tomamos por regla de fé; *no la Sagrada Escritura*, sino la tradicion; que nosotros ponemos la palabra de los hombres en lugar de la palabra de Dios, y superior á ella; que dejamos á un lado la Sagrada Escritura, para no consultar sino con la tradicion, y que seguimos tradiciones contrarias á la Sagrada Escritura, etc., etc. Salta á la vista la falsedad de estas acusaciones.

En efecto, ¿quién ha dicho á los protestantes que nosotros los católicos ponemos la palabra de los hombres en lugar de la palabra de Dios? ¿Respetamos por ventura menos que ellos la Sagrada Escritura? Los protestantes son los que no la respetan ni poco ni mucho. ¿No la interpretan á su antojo? ¿No la mutilan en todo aquello que no está conforme con sus dogmas? ¿No la ponen en manos de todos haciendo que hasta el hombre más ignorante pueda inter-

pretarla? ¿Y esto se llama respeto? En verdad no comprendemos esta clase de respeto. Los católicos tenemos por regla de fé la Sagrada Escritura, pero explicada por la Iglesia, única que como se ha dicho tiene el indisputable derecho de la interpretacion, y respetamos la tradicion. Se nos enseña en las escuelas teológicas que la Sagrada Escritura es el primer lugar teológico, y la Tradicion el segundo. ¿De dónde, pues, sacan el motivo para la acusacion que nos dirigen?

Sin más comentarios continuemos la argumentacion de Bergier:—Tenemos, dice, otro ejemplo reciente de esta mala fé, en la acusacion formada por Mosheim contra los católicos. *Ibid.*, § 25. Para excusar los excesos de Lutero respecto á la justificacion y al mérito de las buenas obras dice que los teólogos papistas confundieron la ley con el Evangelio, y representaron la felicidad eterna como una obediencia legal. Impostura grosera. La ley tomada por oposicion con el *Evangelio* es la ley ceremonial de los judios, y la obediencia á esta misma ley; y ¿cuál es el doctor católico que trató jamás de confundir la ley ceremonial de los judios con el Evangelio, ó de representar la felicidad eterna como recompensa de las ceremonias judaicas?

No hay un solo artículo de doctrina sobre el que los supuestos reformadores no hubiesen cometido la misma infidelidad, de la cual tampoco se corrigieron sus sectarios. Estos se avergonzaron de muchos errores groseros de sus maestros; volvieron á las opiniones católicas y moderadas, respecto de la predestinacion, al libre albedrío, al poder de resistir á la gracia, y á la necesidad de las buenas obras, etc.; y contra estas opiniones habian lanzado sus anatemas Lutero,

Calvino y los demás, representándolas como errores monstruosos, y como motivo legítimo para romper absolutamente con la Iglesia católica.

El mismo Calvino y Beza exhortaron á los puritanos de Inglaterra á que tolerasen en el clero anglicano las mismas pretensiones y los mismos ritos que acababan de censurar en el clero católico como prácticas y opiniones vituperables; Mosheim, c. 2, § 43. Bingham, en su *Apología de la Iglesia anglicana*, prueba que Bucero, Capiton, Pedro Mártir, Scultet, y otros muchos reformadores, fueron de la misma opinión: decían que no se debía separar de una Iglesia por algunos ritos y abusos, con tal que no fuesen expresamente contrarios á la Sagrada Escritura y notablemente malos. De este modo representaban una opinión como vituperable, ó como tolerable, según les dictaba el interés de su sistema.

Bien se alcanza que unos doctores tan obstinados en calumniar la doctrina católica, no podían ménos de pintar con los más negros colores al clero encargado de enseñarla y de defenderla.

Dice bien el autor: si aquellos hombres, aquellos doctores obstinados se habían declarado enemigos irreconciliables de la Iglesia católica, ¿cómo no habían de perseguir y de calumniar al clero? No podían lógicamente ser enemigos de la cabeza y amigos de los miembros. Los protestantes de todos los tiempos y muy especialmente los del siglo xvi han usado de las armas más rastreras en su deseo de desprestigiar al clero católico, ó como ellos le llaman al clero papista, con cuyo epíteto creen denigrarle, siendo así que le

honran altamente; porque nada es más honroso para el sacerdote que permanecer unido á la cabeza visible de la Iglesia por los lazos de la obediencia y del amor. Libelos infamatorios; folletos llenos de groseras calumnias, se publicaron á raíz del nacimiento del protestantismo contra el clero que permaneció adicto á la Santa Sede y conservó la fé de la Iglesia. Las fábulas inverosímiles, falsas anécdotas, en fin, cuanto podia contribuir al objeto que se proponían se puso en juego con la más refinada malicia, y esto por los que se llamaban reformadores de la Iglesia. ¿Y de qué podían con fundamento acusar al clero? Su conducta en todos los siglos resalta en las páginas de la historia, ora se hable del clero secular, ora del regular. Pero este punto harlo interesante merece capítulo aparte, por más que esto nos haga interrumpir la narracion de Bergier y las reflexiones que sobre la misma venimos haciendo.

## VI.

Una de las primeras acusaciones dirigidas por el protestantismo al clero católico, repetida hoy hasta la saciedad por el racionalismo moderno, es que intenta hacer retroceder los límites de la ciencia, sumiendo á los pueblos en la ignorancia. De aquí el llamarle ó estacionario ó retrógrado. El clero, dicen, tiene empeño en reprimir el vuelo de la inteligencia y aspira á arrastrar á la humanidad á los funestos siglos del oscurantismo y de la ignorancia. Con todas nuestras fuerzas rechazamos indignados semejante

acusacion. Repetidas pruebas ha dado ese clero tan vilmente calumniado de ser el primero en desear que se desarrolle el verdadero saber en todos sus diversos ramos, asi como siempre está dispuesto á contribuir con todas sus fuerzas al verdadero progreso. Es imposible registrar los estantes de una biblioteca sin tropezar con obras magnificas destinadas á difundir la sabiduria, escritas por sacerdotes católicos. Si fuera posible hacer un catálogo de todas ellas, formaria volúmenes, y se veria que no hay ramo alguno de las ciencias en el que no hayan trabajado con el mayor celo por sus adelantos. ¡Cuántas obras de valor inestimable, escritas muchas de ellas en la soledad de los claustros, sirven aun de consulta y de fuentes para ciertos escritores, que al hablar del clero parece que mojen la pluma en hiel en vez de tinta! No nos detenemos más en este punto, porque es muy notorio á las personas entendidas.

Las palabras de Jeremias, *Ecce constitui te hodie super gentes et super regna, ut excellas, et destruas, et edifices, et plantes* (1), han estado siempre presentes al sacerdote católico, que no olvida que debe desarraigar, destruir, edificar y plantar. Desarraigar y destruir la ciencia de perdicion, las supersticiones y los falsos cultos, y edificar y plantar con la simiente del Evangelio, la doctrina salvadora, la ciencia que tiene por principio el santo temor de Dios, y haciéndolo así ese clero calumniado por la impiedad ha llevado de uno á otro polo aquella sabiduria de la que se glorriaba el Apóstol, que es la que enseña al hombre de dónde viene y adónde vá, la que le pone en camino seguro de

(1) Jeremias, i, 10.

alcanzar la felicidad eterna. Téngase por cierto que á despecho de tantos émulos encarnizados, empeñados en desacreditar al sacerdocio católico á la faz de los pueblos, valiéndose de estudiados sofismas, éste, que no es amante de la ignorancia ni del retroceso, continuará su alta mision de ilustrar á las gentes, por más que otra cosa quieran asegurar los secuaces de Lutero, empleando en esta obra regeneradora el gran ascendiente de su influencia.

La táctica empleada por los protestantes del siglo xvi es perfectamente seguida por los racionalistas modernos. No hay dictado en el vocabulario de la impiedad que no se haya empleado y se emplee veces mil para hacer odioso á los pueblos ese ascendiente que el sacerdocio viene disfrutando á través de los tiempos. Invasión, tiranía, teocracia, despotismo insufrible, ingerencia imprudente en el seno de las familias por conseguir bienes temporales, todo esto y mucho más se repite en todos tiempos y con más ahinco en las épocas revolucionarias. A muchos de nuestros lectores les habrá parecido una cosa extraña que en el momento en que se inicia una revolucion en cualquier punto de Europa, uno de sus primeros actos es la persecucion á muerte contra el clero. A nosotros lejos de extrañarnos nos parece lógico. El clero predica la moralidad, y la revolucion se precipita por las vias más inmorales: el clero enseña el respeto al principio de autoridad, y la revolucion no respeta ni las personas ni las cosas: el clero predica la sumision á las leyes, y la revolucion da al traste con toda clase de leyes no aceptando más que las dictadas por el capricho: el clero ama y desea la verdadera libertad, la libertad hija del cielo, y la

revolucion quiere esta libertad pero convertida en licencia y en libertinaje. ¿Comprende ya el lector el por qué de esa saña, de ese odio satánico contra el clero? ¿No es funestamente lógico como antes decíamos?

Y volviendo á los tiempos de la Reforma, ¿cómo habian de obrar de diferente manera los secuaces de Lutero y de Calvino? El sacerdocio fiel permanecía unido por estrechos vínculos á la cátedra de san Pedro, no se apartaba un ápice de los dogmas católicos, procuraba edificar tanto cuanto trabajaban los novadores por destruir, y empleaban toda su influencia en evitar en cuanto podian la extension del mortífero veneno de las nuevas doctrinas. Hé aquí la causa del odio que le profesaban, y el origen de esas grandes violencias que los novadores favorecidos por los poderes de la tierra ejercian contra ese clero, muchos de cuyos individuos terminaron su preciosa vida con la corona del martirio.

No hay una persona de regular criterio que no conozca los motivos que impulsaron á los novadores y sus secuaces y que impulsan hoy á los adeptos del racionalismo filosófico á fomentar esas ideas de desprestigio y esas miserables calumnias invertidas contra el clero. Es que el sacerdocio católico en su generalidad no ha transigido ni transigirá jamás con el error: él es el defensor de las tradiciones cristianas, el custodio de las creencias que le confió el augusto Fundador de la Iglesia, el núcleo de la unidad católica, el apologista de la virtud, el denunciador del vicio y el enemigo más temible que tiene la incredulidad.

Verdad es que en esta regla general puede haber y ha habido algunas excepciones. Dios no eligió ángeles sino

hombres para el desempeño de las sagradas funciones. El mismo apostolado nos presenta el ejemplo de un Judas. Y séanos permitido decir que Lutero y otros muchos de los que le siguieron fueron los Judas del siglo xvi. Ellos, los protestantes, esto es, los fundadores del protestantismo, en su mayoría frailes apóstatas, hombres llenos de vicios, son los acreedores á esos dictados prodigados al clero católico. Y en decir que ellos interrumpieron el curso de la civilizacion europea, que han sumido pueblos enteros en la ignorancia, que han escandalizado al mundo con su conducta, no calumniamos, sino que por el contrario notamos una verdad que ha demostrado perfectamente el sabio crítico Balmes, del que más arriba hemos reproducido unos párrafos que no dejan lugar á la menor duda.

Hemos hecho esta digresion por creerla muy necesaria: no podíamos pasar adelante, sin tomar la defensa de ese clero que tanto ha contribuido á la civilizacion general, del que tantos bienes ha recibido la sociedad humana, y en el cual ocupamos inmerecidamente un puesto, siquiera sea el último. El clero católico, generalmente hablando, sigue la marcha que le trazara el divino Salvador: sufre la persecucion y la calumnia con resignacion y ama á sus mismos perseguidores, porque sabe que su patrimonio son los padecimientos y las persecuciones, que no fué otra la herencia que le dejó Jesucristo: «Como á mi me han perseguido, os perseguirán tambien á vosotros (1).» nos ha dicho nuestro soberano Maestro, y tambien han salido de sus divinos labios estas frases que constituyen la profecia de nuestro por-

(1) S. Juan, xv, 20.

venir : «El mundo entero os declarará una guerra á muerte; pero no temais, que yo he vencido al mundo (1). Por causa mia sereis aborrecidos de los hombres (2). Se os arrastrará á los tribunales y ante los magistrados, y estos crearán hacer un servicio á Dios y á la humanidad atormentándolos del modo más cruel (3).» Tal es nuestro patrimonio; la herencia que nos ha sido dejada y que hemos aceptado voluntariamente desde que tuvimos la dicha de ser llamados á la suerte del Señor. Si en ocasiones y muy especialmente en épocas de vértigos revolucionarios, alguno, siguiendo el pernicioso ejemplo de Lutero, cae en la apostasia, si vuelve las espaldas á la Iglesia que le recibió amorosa como uno de sus ministros, le compadecemos y lloramos su desgracia, pero ya desde aquel momento no nos pertenece, no es del clero católico y pertenece á las sinagogas de Satanás.

Hagamos aquí punto final, que plumas mejor cortadas que la nuestra han hecho brillantes apologías del sacerdocio católico, llenas de datos que la impiedad no se atreverá jamás á contradecir, al ménos con pruebas por débiles que sean. Hemos satisfecho una necesidad del corazón y quedamos satisfechos en este punto. Ahora seguiremos, para terminar este resumen, la exposicion de los argumentos del abate Bergier, sobre los cuales haremos, como antes, las reflexiones que ellos nos sugieran.

(1) S. Juan, xvi, 33.

(2) S. Lucas, xxi, 17.

(3) S. Juan, xvi, 2.

VII.

El célebre autor del *Diccionario Teológico*, colocado en el mismo terreno de la defensa del clero, se fija en el de su país y dice: —Quien quiera saber realmente lo que era el clero católico, especialmente en Francia, á principios del siglo xvi, lea el discurso que sobre este objeto se halla al fin del tomo 17 de la *Hist. de la Iglesia galicana*, y allí verá que habia entonces muchos teólogos ilustrados, y que los errores de los protestantes fueron victoriosamente refutados en el momento mismo de su aparicion, singularmente por la Facultad de teologia de París en el año 1521.

El mismo Mosheim cuenta más de veinte teólogos de la mayor nota en aquel siglo, y muchos disputaron ó escribieron contra Lutero antes de la muerte de este hereiarca, y seguramente no fué él quien les enseñó la teologia. Por esta misma historia se convencerá de que la relajacion en las costumbres públicas y en las del clero no era tan general ni tan extensa como pretenden sus enemigos; que habia entonces una multitud de obispos y de eclesiásticos muy respetables; y si tuviésemos un cuadro tan fiel de los demás puntos de la Iglesia católica, nos convenceríamos de que los reformadores no hicieron prosélitos por la superioridad de sus luces, ni por la fuerza de sus razones, ni por el ascendiente de sus virtudes, sino por el atractivo del libertinaje de entendimiento y de corazón que introdujeron en su secta, como lo veremos despues.

El tercer medio que les salió acertado fué la rebelion contra toda autoridad, las sediciones, la guerra, los asesinatos, y singularmente el saqueo de las iglesias y conventos: en el dia los enemigos de nuestra religion publican que el clero fué causa de estos desórdenes, por haber sugerido á los soberanos los edictos sangrientos que publicaron contra los protestantes, reduciéndolos á la desesperacion, y poniéndolos en la necesidad de enfurecerse. Esto es una calumnia: el pensamiento de los pretendidos reformadores fué desde un principio acabar del todo con la religion católica, y usaron de todos los medios posibles para conseguirlo. Este fanatismo fué igual en los luteranos de Alemania, en los calvinistas de Suiza, en Francia, en Inglaterra, en Escocia y entre los anglicanos. Por este medio se vieron los diferentes gobiernos de Europa en la cruel alternativa de recibir la ley de los sectarios, ó de imponérsela por el terror de los suplicios; de extirpar la herejia ó cambiar la religion dominante; de derramar sangre ó ver trastornarse la religion del Estado. Por otra parte, el clero y el pueblo se vieron reducidos á elegir entre apostatar, huir, ó ser asesinado.

Basta ya esto para convencernos de cuáles fueron las consecuencias de esta revolucion fatal, que llaman los protestantes *santa y feliz Reforma*. El primero de sus efectos fué producir disputas furiosas é interminables, odios nacionales é intestinos, y cismas que incesantemente renacen. En los primeros cincuenta años se contaron ya entre aquellos hijos rebeldes de la Iglesia doce sectas diferentes: el mismo Mosheim las censura, y su número se aumentó de dia en dia, y la mayor parte de estos sectarios fueron fanáticos,

segun confiesa el mismo autor. En vano celebraron conferencias, y trataron de reunirse los luteranos y calvinistas; en vano unos teólogos más moderados que otros trataron de conciliarlos, porque jamás pudieron conseguirlo.

Para paliar este escándalo nos dicen los protestantes que los ateos poseen este mismo argumento contra el cristianismo en general; que hubo disputas y cismas en la Iglesia primitiva, y que los habrá mientras los hombres no consigan ser infalibles é impecables; que la union y la unanimidad no son señales de la verdad; que este es un mal del cual saca Dios un bien, como lo observaron Tertuliano y san Agustin.

Pero ¿serán tan insensatos nuestros adversarios que se precien de haber proporcionado á los ateos un argumento más contra la religion, y de haber imitado á los herejes que se levantaron contra la doctrina de los apóstoles? Este sentimiento seria verdaderamente digno de ellos: porque Dios sabe sacar bien del mal, no por eso son justos los que obran mal, porque su intencion no es producir el bien que Dios sacó de sus desórdenes; y aun cuando tuvieran esta intencion, serian culpables en obrar mal, como dice san Pablo. Jesucristo dijo que era preciso que hubiese escándalos; pero añade: *¡Ay de aquel por quien viniere el escándalo!* (*San Mateo*, xviii, 7.) Si en materias religiosas la unanimidad y la union no forman el carácter de la verdadera Iglesia, Jesucristo hizo mal en tratar de formar un solo rebaño con un solo pastor, y en pedir á su Padre la unidad ó unanimidad entre todos los que debian creer en él (*San Juan*, x, 16; xvii, 20); de encargar á sus discípulos la union, la concor-



dia, la paz, etc. Sacó Dios un bien de la rebelion de los protestantes, no para ellos, sino para la Iglesia católica; y de este modo debe entenderse lo que dicen Tertuliano y san Agustin de los herejes en general.

Interrumpamos la narracion del sabio escritor para hacer una observacion sobre lo mismo que nos viene explicando. Mil pruebas tenia ya el mundo de la verdad de la religion católica. En su lucha con el paganismo, ó sea contra el poder del imperio romano, consiguió un triunfo admirable, demostracion palpable de su verdad y divinidad. El poder imponente de los Césares, la autoridad del Senado, la grande influencia de los pontífices, el arte de los filósofos, la ciencia de los sofistas, el odio implacable del paganismo y sobre todo el imponente aparato de los ejércitos, todo se arma contra los que predicán y profesan la nueva religion. Los más crueles suplicios se preparan; las fieras, las hogueras, los toros de bronce, las parrillas, cuantos instrumentos pudo inventar el infierno para vencer la constancia de los mártires, todo se puso en juego, pero inútilmente: de las mismas cenizas de las hogueras brotaban nuevos cristianos, de modo que á pesar de tantos elementos contrarios, de tanta y tan cruel persecucion, de tanta sangre vertida, Tertuliano podia ya en el siglo II decir á los Césares que si llegaban á exterminar los cristianos, el trono careceria de vasallos y de ciudadanos la patria, porque ellos se encontraban en todas partes y todo lo llenaban. Este triunfo admirable que resultó al elevarse el signo de la redencion sobre las alturas del Capitolio despues de trescientos años de continuas luchas y combates, presentaba al

mundo la más solemne prueba de la verdad de la religion, pues que solamente siendo obra de Dios pudo tener aquel resultado feliz que jamás podian prever los sofistas del imperio. Las páginas de la historia de la primitiva Iglesia están llenas de las más elocuentes lecciones.

Las herejias y los cismas de los siglos que siguieron á los de la infancia de la Iglesia, fueron tambien impotentes para destruirla. Hemos historiado las herejias que aparecieron en los tiempos anteriores al protestantismo, y visto por lo tanto los esfuerzos de los nestorianos, los donatistas, arrianos, pelagianos y otros semejantes. Hemos visto á los mayores errores sostenidos ó protegidos por los poderes de la tierra: hemos visto al Oriente y al Occidente divididos, á los espíritus agitados y fluctuando en la duda: pero sin embargo, las aguas del diluvio del mal no pudieron sepultar en sus hondos abismos la verdad eterna, y la Iglesia continuó su marcha majestuosa. Nuevas pruebas de su verdad y de la divinidad de su Fundador. De tantos males Dios supo sacar el bien, de que el mundo tuviese mayores pruebas de donde podia encontrar la verdad salvadora.

Esto mismo ha sucedido con el protestantismo. Fué un mal grande, inmenso, tanto que ha arrastrado millones de almas al abismo de la eterna perdicion; pero de este mal Dios ha sacado tambien el bien: ¿pueden hacerse mayores esfuerzos contra el catolicismo que los que ha hecho la pretendida Reforma? ¿Puede darse á la Iglesia batalla más formidable? ¿Puede presentarse lucha más terrible? Y sin embargo, la Iglesia ha resistido, y permanece inmóvil sobre la roca en la que fué fundada. Y no son los medios huma-